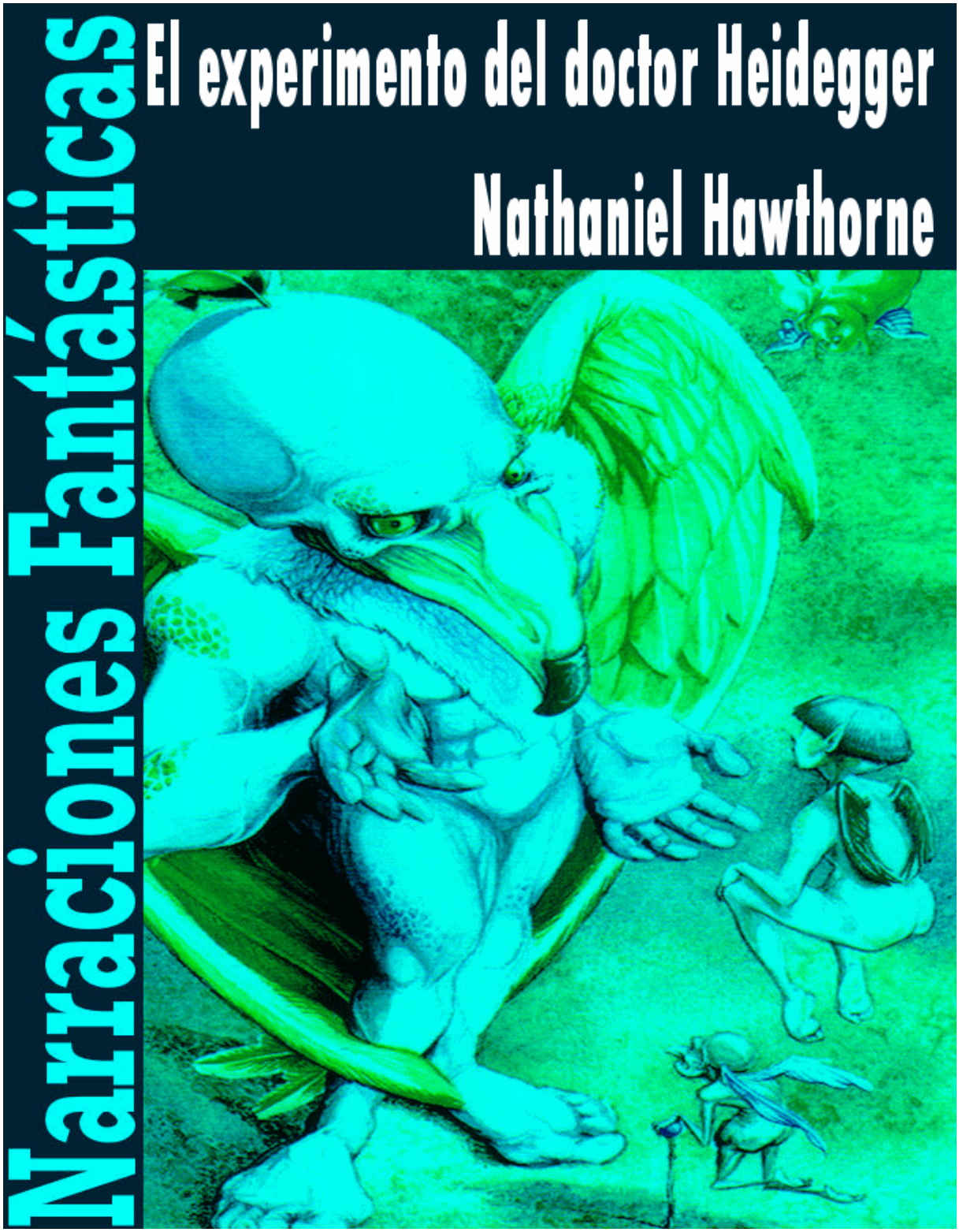
El experimento del doctor Heidegger
Nathaniel Hawthorne



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

En una ocasión, ese hombre tan singular, el viejo doctor Heidegger, invitó a cuatro amigos venerables a reunirse con él en su estudio. Eran tres caballeros de barba blanca: el señor Melbourne, el coronel Killigrew y el señor Gascoigne y una dama de rostro arrugado, la viuda Wycherly; todos ellos seres viejos y melancólicos que habían sido poco afortunados en la vida y cuya mayor desgracia era que se encontraban a un paso de la tumba.

En sus años más vigorosos, el señor Melbourne había sido un comerciante próspero, pero lo perdió todo en una especulación frenética y ahora era poco más que un mendigo; el coronel Killigrew había desperdiciado sus mejores años, su salud y sus bienes en busca de placeres pecaminosos, que fueron la causa de toda una serie de dolores, como la gota y otros tormentos del cuerpo y del alma. El señor Gascoigne era un político exitoso con fama de malvado, o al menos eso había sido hasta que el tiempo se encargó de enterrarlo y de hacerlo un desconocido para la generación presente, convirtiéndolo en una persona oscura en lugar de infame. En cuanto a la viuda Wycherly, la gente decía que en sus buenos tiempos fue una gran belleza, pero durante mucho tiempo había vivido en una reclusión absoluta, a causa de ciertas historias escandalosas que avivaron los prejuicios de la gente del pueblo contra ella. Vale la pena mencionar que cada uno de los tres ancianos caballeros, el señor Melbourne, el coronel Killigrew y el señor Gascoigne, fueron amantes de la viuda Wycherly, y alguna vez estuvieron a punto de cortarse la garganta unos a otros por ella. Y antes de avanzar, tan sólo anotaré que se consideraba que tanto el doctor Heidegger como sus cuatro invitados eran un poco encerrados en ellos mismos -lo que no es raro en el caso de los ancianos, atribulados tanto por problemas presentes como por recuerdos lamentables.

-Queridos amigos -dijo el doctor Heidegger, invitándoles a sentarse-, deseo contar con su ayuda en uno de esos experimentitos con los que me divierto aquí en mi estudio.

Si todo lo que se rumoraba era cierto, el estudio del doctor Heidegger debe de haber sido un lugar bastante excepcional. Se trataba de una deslucida recámara anticuada, bordeada de telarañas y rociada con polvo viejo. Apoyados en las paredes, se encontraban varios libreros de roble, cuyos estantes más bajos estaban repletos con hileras de folios gigantescos y grandes cuadernos con letras negras; los estantes superiores tenían pequeños libros de cubiertas parchadas. Sobre el librero central se hallaba un busto de bronce de Hipócrates, con quien, según la gente enterada, el doctor Heidegger acostumbraba consultar todos los casos difíciles de su práctica médica. En el rincón más oscuro de la habitación se encontraba un armario de roble alto y angosto, con la puerta entreabierta, dentro del cual al parecer había un esqueleto. En medio de dos de esos libreros colgaba un espejo cuya superficie polvosa estaba rodeada por un empañado marco de oro. Entre muchas historias maravillosas relacionadas con ese espejo, se decía que los espíritus de todos los pacientes del doctor que habían muerto habitaban en sus confines, y se le quedaban mirando a la cara siempre que él lo veía. El lado opuesto de la recámara estaba adornado con un retrato de cuerpo entero de una joven dama, ataviada con magnificencia desteñida, con sedas, satines y brocados, y con un rostro tan marchito como su vestido. Hacía más de medio siglo, el doctor Heidegger había estado a punto de casarse con esa joven dama pero ella, afectada por un ligero malestar, tomó una medicina que su novio le recetó y murió la noche de la boda.

Todavía queda por mencionar lo más sobresaliente de ese estudio, que era un pesado volumen de amplio formato, encuadernado en piel de color negro, con enormes broches de plata. No había ninguna letra en el lomo y nadie podría decir cuál era el título del libro. Pero era bien sabido que se trataba de un libro de magia y, una vez, cuando una recamarera lo levantó tan sólo para quitarle el polvo, el esqueleto había temblado en su armario, el retrato de la joven dama había saltado al piso y varios rostros espantosos asomaron por el espejo, mientras la broncínea cabeza de Hipócrates fruncía el ceño y decía: "¡Antepasados!"

Ése era el estudio del doctor Heidegger. En la tarde de verano de nuestra historia, se hallaba en el centro de la habitación una mesita redonda, tan negra como el ébano, que sostenía una hermosa jarra de cristal cortado de factura muy elaborada. La ventana daba paso a la luz

del sol entre las pesadas colgaduras de dos cortinas de damasco desteñido, y los rayos caían directamente sobre la jarra, de modo que un tenue resplandor se reflejaba en los cenicientos rostros de los cinco ancianos sentados alrededor. En la mesa también había cuatro copas de champaña.

-Queridos amigos -repitió el doctor Heidegger-, ¿puedo contar con su colaboración para realizar un experimento extremadamente curioso?

Y bien, el doctor Heidegger era un viejo caballero bastante extraño, cuya excentricidad se había convertido en el centro de miles de cuentos fantásticos. Debo decir que, para mi vergüenza, algunas de estas historias pueden rastrearse, hasta la verdad que yo dije, y si cualquier pasaje del presente relato llegara a sobresaltar la fe del lector, me contentaré con llevar el estigma de traficante de ficciones.

Cuando los cuatro invitados del doctor lo escucharon hablar del experimento propuesto, no anticiparon nada más extraordinario que el asesinato de un ratón en una bomba de aire, o el examen de una telaraña bajo el microscopio, o alguna tontería semejante, con las cuales el doctor tenía el hábito de importunar constantemente a sus amigos más cercanos. Pero, sin esperar una respuesta, el doctor Heidegger atravesó cojeando la habitación y regresó con el mismo pesado tomo, encuadernado en piel negra, que todo mundo decía que era un libro de magia. Soltó los broches de plata, abrió el volumen y tomó de entre sus páginas cubiertas con letras negras una rosa, o lo que alguna vez fue una rosa, puesto que ahora las hojas verdes y los pétalos carmesí habían asumido un tinte marrón y la antigua flor parecía a punto de desmoronarse en las manos del doctor.

-Esta rosa -dijo el doctor Heidegger con un suspiro-, esta pálida y quebradiza flor, brotó hace cincuenta y cinco años. Me la dio Sylvia Ward, cuyo retrato cuelga allá, y yo la iba a llevar en mi ojal en nuestra boda. Durante cincuenta y cinco años la he atesorado entre las páginas de este viejo libro. Ahora, ¿juzgarían que es posible que esta rosa que tiene medio siglo pudiese recuperar su lozanía?

-¡Tonterías! -dijo la viuda Wycherly, con un quisquilloso movimiento de su cabeza-. Igual podría preguntarnos si el rostro arrugado de una anciana puede volver a florecer.

-¡Véanlo! -contestó el doctor Heidegger.

Descubrió la jarra y lanzó la rosa marchita al agua que ésta contenía. Al principio, la flor permaneció en la superficie del líquido sin absorber en apariencia nada de su humedad. Sin embargo, en poco tiempo comenzó a hacerse visible un cambio singular. Los pétalos arrugados y secos se empaparon y adquirieron un tinte carmesí más profundo, como si la flor estuviera reviviendo de un sueño mortal; el esbelto tallo y las ramitas del follaje se volvieron verdes: y ahí estaba la rosa de medio siglo, al parecer tan fresca como cuando Sylvia Ward se la regaló a su novio. No estaba totalmente abierta, ya que algunas de sus delicadas hojas rojas se enroscaban modestamente hacia su seno húmedo, dentro del cual brillaban dos o tres gotas de rocío.

-Ciertamente, es un lindo truco -dijeron los amigos del doctor, sin preocuparse mucho, pues habían presenciado milagros más grandes en los espectáculos de magia-. Diga, ¿cómo lo hizo?

-¿Alguna vez han escuchado hablar de la "Fuente de la Juventud" -preguntó el doctor Heidegger-, la que buscaba Ponce de León, el aventurero español, hace dos o tres siglos?

-¿Pero acaso la encontró Ponce de León? -preguntó la viuda Wycherly.

-No -contestó el doctor Heidegger-, porque nunca buscó en el lugar debido. Si mi información es correcta, la famosa Fuente de la Juventud está situada en la parte sur de la península de la Florida, no lejos del lago Macaco. Su manantial está sombreado por varias magnolias gigantescas que, a pesar de tener varios siglos, se han conservado tan frescas como violetas por virtud de esta agua maravillosa. Un conocido mío, sabiendo de mi curiosidad en estos asuntos, me envió lo que ustedes ven en la jarra.

-¡Ejem! -carraspeó el coronel Killigrew, quien no creía una sola palabra de la historia del doctor-. ¿Y cuál sería el efecto de este líquido en un ser humano?

-Lo juzgará usted mismo, mi querido coronel -replicó el doctor Heidegger-, y todos ustedes, mis respetados amigos, podrán disponer del líquido admirable que se requiera para recuperar la lozanía de su juventud. Por mi parte, como ha sido tan complicado para mí llegar a viejo, no tengo prisa en llegar a joven de nuevo. Por lo tanto, si me lo permiten, simplemente observaré el progreso del experimento.

Mientras hablaba, el doctor Heidegger había llenado las cuatro copas de champaña con el agua de la Fuente de la Juventud. Al parecer estaba impregnada con un gas efervescente, ya que continuamente ascendían burbujitas desde el fondo de las copas y explotaban en un rocío plateado en la superficie. Como el licor exhalaba un aroma agradable, los ancianos no dudaron que poseía propiedades cordiales y confortables, y aunque eran absolutamente escépticos acerca de su poder rejuvenecedor, se sentían inclinados a tomarlo de un solo trago. Pero el doctor Heidegger les pidió que esperaran un momento.

-Antes de beberlo, mis respetables amigos -les dijo-, sería bueno que, guiados por su experiencia de toda una vida, delinearan algunas reglas generales para seguirlas al pasar una segunda vez por los peligros de la juventud. ¡Piensen en la vergüenza y el pecado que sería si, con sus especiales ventajas, no se convirtieran ustedes en modelos de virtud y sabiduría para todos los jóvenes de esta época!

Los cuatro venerables amigos del doctor no le contestaron sino con una risa temblorosa y endeble, así de ridícula les parecía la idea de que, conociendo de manera tan cercana las huellas del arrepentimiento que dejan los pasos del error, pudieran descarriarse de nuevo.

-Entonces, beban -dijo el doctor, haciendo una reverencia-. Me regocija haber seleccionado tan bien los sujetos para mi experimento.

Con las manos crispadas, se llevaron las copas a los labios. Ese licor, si en realidad poseía las virtudes que el doctor Heidegger le imputaba, no habría sido otorgado a cuatro seres humanos que lo necesitaran más desesperadamente. Se veían como si nunca hubiesen sabido lo que era la juventud o el placer y fueran el resultado de la senectud de la naturaleza, siempre las criaturas grises, decrépitas, secas y miserables que ahora se sentaban encorvadas alrededor de la mesa del doctor, sin suficiente vida en sus almas o cuerpos para animarse incluso con la perspectiva de volver a ser jóvenes. Bebieron el agua y dejaron las copas en la mesa.

Sin lugar a dudas se dio una mejoría casi inmediata en el aspecto de la reunión, no muy diferente de la que habría producido una copa de vino generoso junto con un brillo repentino de luz de sol que iluminara todos los rostros a la vez. Había un flujo saludable en sus mejillas, en lugar del mortecino color cenizo que los había hecho parecer casi cadáveres. Se miraron unos a otros y se imaginaron que algún poder mágico realmente había comenzado a suavizar las inscripciones profundas y tristes que tanto le había llevado al Padre Tiempo grabar en sus semblantes. La viuda Wycherly se ajustó el tocado, pues se sentía casi como una mujer de nuevo.

-¡Dénos más de esta agua prodigiosa! -exclamaron ansiosamente-. Estamos más jóvenes, pero todavía somos demasiado viejos. ¡Pronto, dénos más!

-¡Paciencia, paciencia! -dijo el doctor Heidegger, que estaba sentado observando el experimento con frialdad filosófica-. Han tardado mucho tiempo en hacerse viejos, ¡de seguro estarán conformes con hacerse jóvenes en media hora! Pero el agua está a su disposición.

De nuevo llenó las copas con el licor de la juventud, y en la jarra aún quedaba lo suficiente para hacer que la mitad de los ancianos de la ciudad volvieran a la edad de sus nietos. Mientras las burbujas salpicaban los bordes, los cuatro invitados del doctor le arrebataron las copas y apuraron el contenido de un solo trago. ¿Acaso era una ilusión? Incluso cuando el torrente apenas pasaba por sus gargantas, parecía haber forjado un cambio en todos sus sistemas. Sus ojos se hicieron más claros y brillantes, una sombra comenzó a oscurecer sus cabellos plateados. Ante la mesa se sentaban tres caballeros de mediana edad y una mujer poco

más allá de su primer esplendor.

-¡Mi querida viuda, es usted encantadora! -exclamó el coronel Killigrew, que tenía la mirada fija en el rostro de la mujer mientras las sombras de la edad lo abandonaban como la oscuridad se aleja de la aurora tornasolada.

La hermosa viuda sabía desde hacía tiempo que las lisonjas del coronel Killigrew no siempre correspondían a la sobria verdad, así que se puso de pie y corrió al espejo, temiendo aún que el horrible rostro de una anciana encontrara su mirada. Mientras tanto, los tres caballeros se comportaban de una manera que confirmaba que el agua de la Fuente de la Juventud tenía ciertas cualidades intoxicantes, a menos, por supuesto, que la exacerbación de sus ánimos fuera simplemente un ligero mareo causado por la eliminación repentina del peso de los años.

La mente del señor Gascoigne parecía correr hacia los asuntos de política, pero no podía determinarse con facilidad si concernían al pasado, al presente o al futuro, ya que las mismas ideas y las mismas frases habían estado en boga estos cincuenta años. Ahora disparaba incesantemente frases a voz en cuello acerca del patriotismo, la gloria de la nación y los derechos del pueblo; luego susurraba una cosa peligrosa u otra, con un murmullo solapado y equívoco, con tanta precaución que hasta a su conciencia le resultaría difícil escuchar el secreto y después, hablaba de nuevo en tono mesurado y con acento distinguido y profundo, como si los oídos de la realeza estuvieran escuchando sus frases bien moduladas. Todo ese tiempo, el coronel Killigrew había estado cantando alegremente una canción de cantina y campanilleando la copa en sintonía con el coro, mientras sus ojos vagaban hacia la voluptuosa figura de la viuda Wycherly. Del otro lado de la mesa, el señor Melbourne se encontraba enfrascado en un cálculo de dólares y centavos, en lo que era un enredado proyecto para proveer a las Indias Orientales con hielo enlazando un grupo de ballenas para que tiraran de los enormes témpanos de hielo polares.

En cuanto a la viuda Wycherly, permanecía de pie frente al espejo haciendo reverencias y sonriendo tontamente a su propia imagen, y saludándola como a la amiga que quiso más que a todo el resto del mundo. Acercó su rostro al espejo para comprobar si habían desaparecido sus patas de gallo. También examinó su cabello para ver cómo se había derretido totalmente la nieve que lo cubría, de modo que podía retirar su venerable gorrito sin temor. Por último, con un vigoroso giro, regresó a la mesa dando una especie de pasos de baile.

-¡Mi querido doctor! -exclamó-. ¡Por favor, obséquieme otra copa!

-Por supuesto, mi estimada señora, por supuesto -replicó el complaciente doctor-. ¿Lo ve? Ya he llenado las copas.

En efecto, ahí estaban las cuatro copas rebosantes de esa agua maravillosa, cuyo delicado rocío, al hacer efervescencia en la superficie, recordaba el trémulo esplendor de los diamantes. Ahora se acercaba la puesta de sol y la habitación se veía más polvosa que nunca, pero un suave esplendor surgía de la jarra y del mismo modo se reflejaba en los cuatro invitados y en la venerable figura del doctor. Heidegger se sentaba en un sillón de roble de respaldo alto y con tallas muy elaboradas, con una gris dignidad que muy bien podría haberle sentado al mismo Padre Tiempo, cuyo poder nunca se había disputado, con excepción de este grupo venturoso. Aunque bebían apresuradamente la tercera ronda de agua de la Fuente de la Juventud, miraban con reverencia la expresión de su semblante misterioso.

En el instante siguiente, una alegre efusión de vida y juventud se disparó por sus venas. Ahora estaban en el feliz florecimiento de la juventud. La vejez, con su miserable procesión de preocupaciones, tristezas y enfermedades, era recordada sólo como el malestar de un sueño del que gozosamente habían despertado. El fresco brillo del alma, perdido tan pronto y sin el cual la sucesión de escenas de la vida había sido tan sólo una galería de pinturas desteñidas, de nuevo derramó su encanto sobre todos sus prospectos. Se sintieron como seres recién creados en un universo recién creado.

-¡Somos jóvenes! ¡Somos jóvenes! -gritaban con alborozo.

La juventud, así como la extrema vejez, había borrado las características fuertemente marcadas de la edad madura y los había asimilado mutuamente. Eran un grupo de jóvenes alegres, casi enloquecidos con la vivacidad exuberante de sus años. El efecto más singular de su alborozo era el impulso de burlarse de la enfermedad y decrepitud de las que poco antes habían sido víctimas. Se reían estruendosamente de sus vestimentas anticuadas, de los abrigos amplios y de los chalecos con faldones de los jóvenes caballeros, y del viejo gorro y el vestido pasado de moda de la hermosa muchacha. Uno cojeó por el piso como un abuelo aquejado por la gota; otro se puso unos anteojos sobre la nariz y simuló revisar las páginas de negra tipografía del libro de magia; un tercero se sentó en un sillón y se esforzó en imitar la venerable dignidad del doctor Heidegger. Luego todos gritaron alegremente y saltaron por la habitación. La viuda Wycherly -si puede llamarse viuda a una damisela tan fresca- subió de un salto a la silla del doctor mostrando un gozo lleno de malicia en su rostro sonrosado.

-Doctor, querida alma de anciano -exclamó-, ¡levántese y baile conmigo!

Entonces los cuatro jóvenes se rieron con más ganas que nunca, tan sólo de pensar en la peculiar danza que el doctor podría realizar.

-Haga el favor de disculparme -respondió el doctor con tranquilidad-. Soy un viejo reumático y mis días de bailarín pasaron hace mucho tiempo. Pero cualquiera de estos alegres jóvenes estará gustoso de bailar con una pareja tan hermosa.

-¡Baila conmigo, Clara! -exclamó el coronel Killigrew.

-¡No, no, yo seré su pareja! -gritó el señor Gascoigne.

-¡Ella me prometió su mano hace cincuenta años! -exclamó a su vez el señor Melbourne.

Todos se acercaron a ella. Uno atrapó sus dos manos en un apretón apasionado, otro pasó el brazo alrededor de su cintura y el tercero hundió sus manos en los esplendorosos rizos que se arremolinaban bajo el tocado de la viuda. Hubo sonrojos, jadeos, luchas, increpaciones, risas; su cálido aliento abanicaba cada una de las tres caras por turnos. Ella intentó soltarse, pero permaneció en ese triple abrazo. Nunca se había producido una semblanza más vívida de la rivalidad de la juventud ante el premio de una belleza embrujadora. Sin embargo, se decía que, por una extraña ilusión debida al polvo que flotaba por toda la recámara y a los trajes antiguos que aún llevaban puestos, el alto espejo reflejaba las figuras de tres ancianos canosos y arrugados, que peleaban ridículamente por la delgada fealdad de una abuela marchita.

Pero eran jóvenes: la llamarada de sus pasiones era la prueba de ello. Inflamados hasta la locura por la coquetería de la joven viuda, que ni les aseguraba ni les retiraba sus favores, los tres rivales empezaron a intercambiar miradas amenazadoras. Sin dejar de asir su hermoso premio, se aferraron fieramente a las gargantas de los otros. En el fragor de la lucha, la mesa se volteó y la jarra se estrelló en miles de pedazos. La preciosa Agua de la Juventud se derramó por el piso en una corriente de luz, humedeciendo las alas de una mariposa que, ya vieja al final del verano, había caído ahí para morir. El insecto revoloteó con ligereza por la habitación y se posó en la nevada cabeza del doctor Heidegger.

-¡Basta, basta, caballeros! Vamos, señora Wycherly -exclamó el doctor-. Debo protestar contra este desacato.

Se quedaron quietos y un escalofrío hizo presa de ellos, pues parecía que los tiempos grises llamaban a su luminosa juventud desde los helados y oscuros valles de los años. Miraron al doctor Heidegger, quien seguía sentado en su sillón labrado, sosteniendo la rosa de medio siglo que había rescatado de entre los fragmentos de la jarra hecha añicos. Al movimiento de su mano, los cuatro alborotadores volvieron a sus asientos, lo más rápidamente posible pues sus esfuerzos violentos los habían fatigado, con todo y ser jóvenes.

-¡La rosa de mi pobre Sylvia! -dijo súbitamente el doctor Heidegger, manteniéndola en la luz brumosa del atardecer-. Parece que se está marchitando de nuevo.

Y sí se marchitaba. Incluso bajo la mirada de los invitados, la flor siguió resecándose,

hasta que estuvo tan seca y frágil como cuando el doctor la había puesto en la jarra. El anciano sacudió unas cuantas gotas de humedad que colgaban de sus pétalos.

-La amo tanto así como en su frescura plena de rocío -observó, presionando la rosa marchita con sus labios también marchitos. Mientras hablaba, la mariposa voló de su blanca cabeza y cayó al suelo.

Sus invitados volvieron a temblar. Un extraño escalofrío, no podrían decir si del cuerpo o del alma, se apoderaba poco a poco de todos ellos. ¡Se miraron unos a otros y se dieron cuenta de que cada momento efímero les arrebataba un encanto y les dejaba una honda huella donde nada había existido antes! ¿Acaso era una ilusión? ¿Los cambios de toda una vida se habían replegado en un espacio tan breve, y ahora eran cuatro personas de edad avanzada, sentadas con su viejo amigo, el doctor Heidegger?

-¿Tan pronto somos viejos de nuevo? -exclamaron tristemente.

En verdad lo eran. El Agua de la Juventud poseía una virtud más pasajera incluso que la del vino. El delirio que había creado se desvanecía. ¡Sí!, de nuevo eran viejos. Con un estremecedor impulso que le demostró que todavía era una mujer, la viuda apretó sus manos enflaquecidas frente a su rostro y deseó que la tapa de su féretro ya estuviera sobre él, pues no sería hermoso nunca más.

-Sí, amigos, han vuelto a ser viejos -dijo el doctor Heidegger-, y toda el Agua de la Juventud se ha derramado por el piso. Bien, no lo lamento, porque aunque la fuente brotara justo frente a mi puerta, no me inclinaría a mojar mis labios en ella... No, aunque su delirio durase años y no instantes. ¡Ésa es la lección que me han enseñado!

Pero los cuatro amigos del doctor no habían aprendido su propia lección. Decidieron hacer una peregrinación a la Florida y beber mañana, tarde y noche de la Fuente de la Juventud.